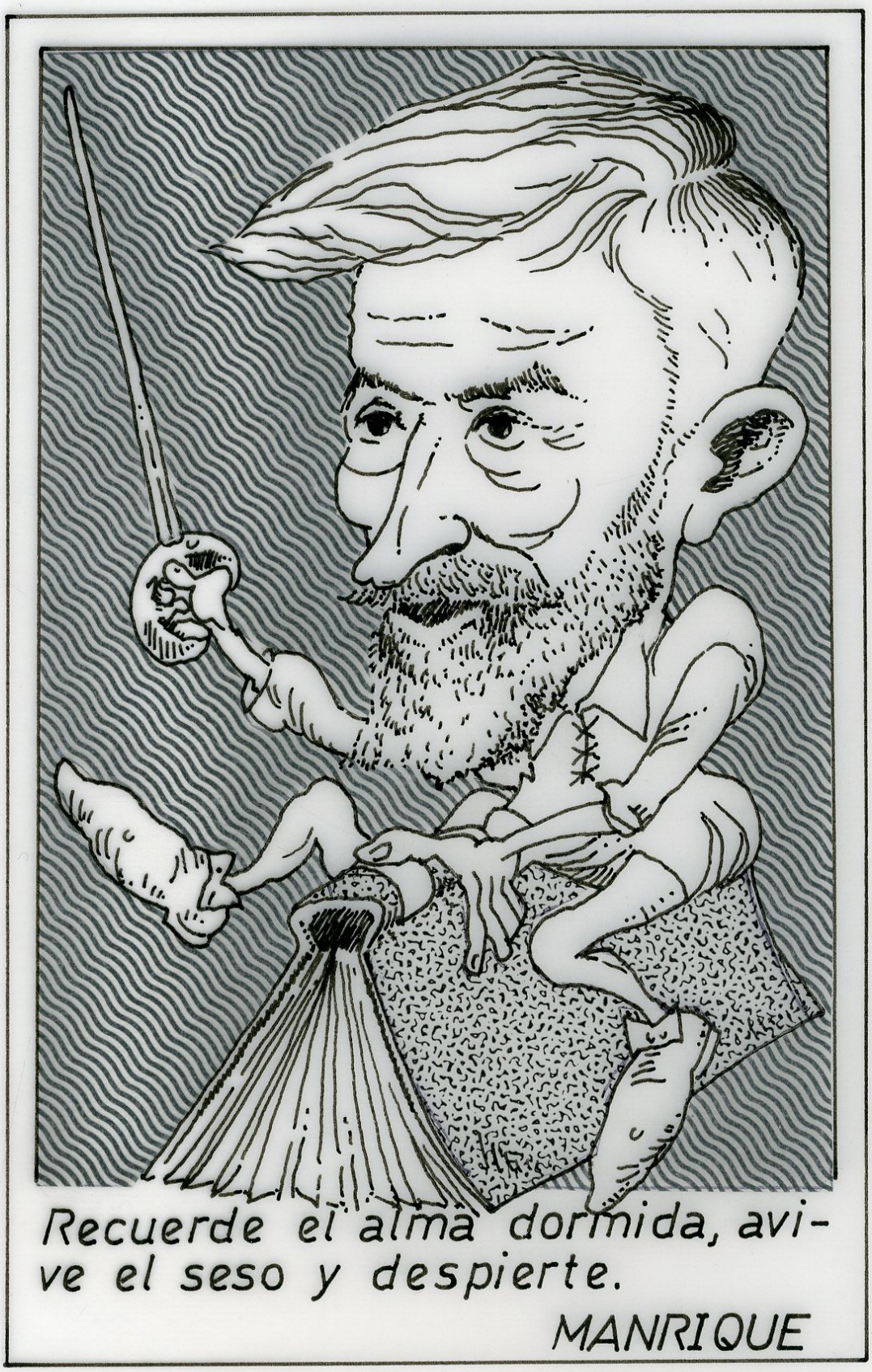


CARICATURA REALIZADA POR EL PROFESOR JUAN AZPEITIA (1982)
TÉCNICA: Rotring sobre papel vegetal y tramas Letraset.
http://www.pinterest.com/pin/519673244474674965/

Joaquín Forradellas y otros profesores del Instituto Peñaflorida en 1968

Joaquín Forradellas Figueras

Catedrático Jubilado del Instituto Peñaflorida

Falleció en San Sebastián el día 21 de marzo de 2014

http://canales.diariovasco.com/esquelas/diario/2014-03-22/joaquin-forradellas-figueras-4543123.htm

JOAQUÍN FORRADELLAS, PROFESOR DE LITERATURA Y ESCRITOR

«Los jóvenes de hoy no leen 'El Quijote', ni falta que hace. Ya lo leerán de mayores»

Profesor de vocación, bibliógrafo, escritor y lector empedernido, Joaquín Forradellas recibe desde hoy en San Sebastián un homenaje de sus colegas.

ELISA LÓPEZ

«Han sido más de cuarenta años enseñando. Creo que medio San Sebastián ha pasado por mis manos». Profesor de Literatura, especialista en el Siglo de Oro español y en Cervantes, admirado y respetado por alumnos y profesores, Joaquín Forradellas recibe un homenaje del Ateneo Guipuzcoano en forma de ciclo de conferencias, organizado por su gran amigo y colega Ángel García Ronda.

– ¿Este homenaje es un reconocimiento a una vida dedicada a la enseñanza de la Literatura?

– No lo sé. Casi me acabo de enterar y me ha sorprendido. Pero sí son muchos años en la enseñanza.

– Tiene fama de haber sido un excelente profesor.

– Pues muchas gracias. Han sido cuarenta años: cinco en Salamanca, uno en Gernika y el resto aquí, en el Instituto Peñaflorida. Y estoy contento, me gustaba enseñar y además me llevo bien con todos mis alumnos. Creo que medio San Sebastián ha pasado por mis manos.

– ¿Qué ha sido lo mejor de su carrera?

– Que hayan salido alumnos que les guste leer. Con que en cada clase hubiera cuatro o cinco lectores, que sí los había, ya me siento recompensado.

– ¿La enseñanza le dejaba tiempo para la Literatura?

– Es que nunca han estado separadas. Si no me gustase la Literatura no podría enseñar y, mucho menos, iniciar a los jóvenes en el gusto por la lectura. He leído muchísimo, todo. Incluso alguna vez, para conocer los gustos de mis alumnos, tuve que leer cosas horrorosas, como ese Juan Salvador Gaviota.

– Usted participó de forma muy activa en la edición especial de 'El Quijote' del Instituto Cervantes.

– Sí, hace ya unos años. Me encargué de la anotación especializada y eché una mano en todo lo que pude. Fue un trabajo muy largo y minucioso.

– O sea que además de ser especialista en poesía y en Literatura Clásica española, también lo es en Cervantes.

– No, no. Yo no soy especialista en nada.

– Es usted muy modesto.

– Es que no sé de Literatura. Pero saber, lo que se dice saber... ¿quién sabe? Se trata de ir aprendiendo.

– ¿Y los jóvenes leen 'El Quijote'?

– No, ni falta que les hace. Ya lo leerán cuando sean mayores. Ahora que lean lo que les apetezca. El Quijote presenta muchas dificultades. Yo intenté solucionarlo y me presté a sacar una edición adecuada a esa edad, en vocabulario, en cambiar las palabras antiguas, suprimir lo que no es esencial... Pero no pude, no me dieron ni el permiso ni el dinero.

– Internet, televisión... ¿Los alumnos de hoy leen menos?

– No creo que lean menos que cuando yo era estudiante. De jóvenes nos gustaba ir al cine y al billar, porque era lo que había. Ahora existen otras muchas posibilidades y es normal que las aprovechen, y pueden leer más porque hay más libros.

– Se pone de moda un libro y arrasa, como es el caso de 'Alatriste'. ¿Sigue esas modas literarias?

– Alatriste, concretamente, me parece un poco regular. De Pérez-Reverte me gustan más otras muchas cosas. Sí suelo leer todo lo que va saliendo: sigo a Pombo, a Ignacio Martínez de Pisón (hijo de un amigo mío) y también de cerca la poesía y a los autores clásicos y extranjeros.

Más de cien publicaciones

La Biblioteca Doctor Camino acoge hoy la primera de las conferencias que conforman el homenaje que lleva por título La Literatura y su Enseñanza y reúne a tres catedráticos. Alberto Blecua, que abre la cita esta tarde, a las 19.30 horas, y Aurora Egido y Luis Daniel Izpizua, que impartirán sus charlas el lunes y martes.

Organizado por el escritor donostiarra Ángel García Ronda, el ciclo comienza con Retórica y Literatura, la conferencia que impartirá el catedrático de la Autónoma de Barcelona, Alberto Blecua. El lunes le tocará el turno a Aurora Egido, de la Universidad de Zaragoza, con Un hispanismo sin fronteras, también a las 19.30 horas. Al día siguiente, Luis Daniel Izpizua, del Instituto Peñaflorida, cerrará el homenaje con la charla ¿Olvidar la Literatura?

Amigos personales de Forradellas, los tres catedráticos destacan la lucidez y el esfuerzo de un hombre erudito «que no ha sido amigo de grandes protagonismos» y que ha dedicado toda una vida a la Enseñanza de las Letras.

Nacido en Zaragoza hace 68 años, el «querido profesor» empezó a publicar a los 22 años y a los 25 ya era Doctor. Tiene más de cien trabajos publicados entre los que destacan Diccionario de Retórica y Crítica Literaria y sus ediciones del teatro de Lorca.

Viernes, 15 de diciembre de 2006

http://www.diariovasco.com/20061215/cultura/jovenes-leen-quijote-falta_200612150847.html

UN SABIO SENCILLO

LUIS DANIEL IZPIZUA

Había oído hablar de él antes de conocerlo. No fui alumno suyo, pero algunos de los amigos que la vida me iba deparando sí lo habían sido, y todos hablaban de él de forma elogiosa, atribuyéndole un valor seminal para lo que luego fueron sus vidas: les había inculcado el amor a los libros. Cuando finalmente coincidí con él, a principios de los setenta, no pudo ser en otro lugar que en aquel donde más a gusto se sentía. Husmeaba entre libros en la librería Lagun y alguien nos presentó. Después, la suerte quiso que fuéramos compañeros de trabajo hasta que le llegó la hora de jubilarse. Eran otros tiempos, y escribir estas líneas me llena de nostalgia. ¿Tiempos más libres? Sí, en muchos aspectos; tiempos en los que no ya un libro, sino un solo verso podía desbordar el programa. Un sabio como él podía, en efecto, abrir un verso a toda la vastedad del saber humano.

Joaquín Forradellas Figueras era aragonés, y no creo equivocarme si digo que lo era de pura cepa. Su discreción, su timidez, su forma de ir por la vida, que lo llevaba a alejarse de las candilejas de una vida social rutilante, su no dejarse ver, no deben hacernos olvidar que era también un donostiarra de adopción. Fue en San Sebastián donde transcurrió la mayor parte de su vida, donde nacieron, se criaron y estudiaron sus hijos, y donde transmitió el amor a los libros a tantos y tantos donostiarras que después se lo han agradecido. Dotado de un humor socarrón, estallaba en una carcajada cada vez que su agudeza para captar los múltiples sentidos de una palabra le permitían resaltar el lado más cómico, incluso grotesco, de cualquier frase solemne. Y amaba la naturaleza. Y se deleitaba con el canto de los pájaros. Pronto volveremos a oír a la calandria, me dijo no hace mucho, ¿no las oyes cantar en el parquecillo de enfrente de tu casa?

Formado en Salamanca, inició allí sus tareas educativas en el departamento de Lázaro Carreter, de quien siempre se consideró amigo y discípulo. Luego, tras una corta etapa como catedrático de Lengua y Literatura en el Instituto de Gernika, se instaló ya en San Sebastián, donde prosiguió su labor como educador y como investigador. Siempre desestimó el reproche de quienes veían más adecuado para él un puesto universitario que el que desempeñaba en un Instituto. Le gustaba lo que hacía, y seguramente en un Instituto encontraba un ambiente más adecuado a su carácter, lejos de la feria de vanidades que caracteriza a veces al mundo universitario. El mismo ambiente adecuado que le ofrecía nuestra ciudad, casi un locus amoenus en el que disfrutar, con la compañía impagable de su mujer, Marisa, de sus libros, paseos, amigos y estudios. Así irán surgiendo sus trabajos sobre García Lorca, los poetas del 27, su "Diccionario de

retórica, crítica y terminología literaria" en coautoría con Angelo Marchese, o su descomunal contribución a la edición del Quijote de Francisco Rico.

Conocía bien las literaturas en lenguas romances, sobre todo las escritas en las lenguas peninsulares, y tenía en gran estima a la literatura portuguesa y también a la italiana. En cierta ocasión, en la que hablando de Montale y sus "Mottetti", que le gustaban sobremanera, la conversación acabó recalando en Leopardi, recitó de memoria su maravilloso poema "L´Infinito". Quede su último verso como despedida: " e il naufragar m´é dolce in questo mare". En esa inmensidad....

LA GACETA REGIONAL DE SALAMANCA 08/04/14
SALAMANCA

Joaquín Forradellas Figueras, doctor por Salamanca

PAZ BATTANER (*)

Joaquín Forradellas Figueras ha muerto en San Sebastián, donde vivía, el 21 de marzo de 2014. Joaquín llegó a Salamanca sin haber cumplido veinte años para iniciar la especialidad de Filología Románica, el curso 1957-1958. La universidad de Salamanca por aquellos años atraía estudiantes de una geografía muy amplia, menos en número que los de ahora, pero con historias y formación más variada, más universal. La Facultad de Letras, organizada por el plan que impulsó el rector Tovar y el decanato de Martín Sánchez Ruipérez, atraía por los estudios de Filología, única especialidad que se cursaba; Clásicas y Románicas eran las consolidadas, las filologías modernas atraían por su novedad.

Joaquín Forradellas se licenció, se doctoró tempranamente y, tras los meses de milicias, fue docente en esa facultad. Hombre de una fidelidad remarcable, siempre recordó aquellos ocho años en que frecuentó el seminario de Filología Románica del Palacio de Anaya. Sus maestros: Fernando Lázaro Carreter en la Facultad y en el Colegio de San Bartolomé, en los seminarios gratuitos que impartía los sábados por la tarde, en la orientación de los estudios de poética; también don Manuel García Blanco al que ayudó en sus clases; don Alonso Zamora Vicente que unía el amor por la lengua con el de la literatura. Como estudiante conocía muy bien las bibliotecas salmantinas y ya era por entonces un apasionado bibliófilo. Recuerdo, por ejemplo, cómo me hizo llegar, bastante antes de 1960, una pequeña edición de poesías de César Vallejo, imposible de encontrar entonces en las librerías.

Salió de Salamanca, con su cátedra de instituto ganada, en 1964 y ejerció de profesor en Guernica, por un breve tiempo, y por muchos años en el Instituto Peñaflorida de San Sebastián. Alberto Blecua lo coloca en la lista de los excelentes profesores que desarrollaron ciencia y saber desde los institutos de enseñanza media y a los que se les reconoce en sus ciudades un agradecimiento, por cercano, muy verdadero.

Sus trabajos eruditos son muestra de análisis fino y preciso. Estudió e hizo preciosas ediciones de cancioneros particulares, notablemente el Cartapacio poético del Colegio de Cuenca, editado por la Diputación de Salamanca (1986); de La zapatera prodigiosa y de La casa de Bernarda Alba de García Lorca se han hecho múltiples reimpresiones de su edición en Espasa Austral; y su aportación, haciéndose cargo de todas las notas, a las ediciones del Quijote de Francisco Rico, en Crítica y en Galaxia Gutenberg, es un hito en la tradición de las ediciones de esta obra, que, por sí sola, es una línea de investigación ya inabarcable. Quizá lo más conocido de sus publicaciones es el libro de referencia, Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria, edición conjunta con Angelo Marchese. Su primera edición data de 1986 y se ha seguido publicando hasta ahora mismo (Barcelona: Ariel, 2013).

Mantuvo estrechas relaciones con grandes del hispanismo internacional desde una vida voluntariamente retirada en Donosti. Tengo presente en el momento en que escribo estas líneas, a su mujer, Marisa Herrero, razón de la vida de Joaquín Forradellas. Como compañera y amiga que fui, que sigo siendo, de ellos, recojo ahora, como característica de mi sentimiento, la palabra añoranza, que figura en la dedicatoria que puso Joaquín en el envío de su Diccionario a mi marido y a mí.

(*) C.U. Universitat Pompeu Fabra

Forradellas o el amor por la Filología

EL REFLEJO

El filólogo aragonés Joaquín Forradellas falleció el 21 de marzo en San Sebastián

Por Aurora Egido, catedrática de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza

AL hablar del filólogo aragonés Joaquín Forradellas Figueras (Zaragoza, 1938), que falleció en San Sebastián el pasado 21 de marzo, no cabe sino destacar la importancia de los profesores de Enseñanza Media que además compaginan tan ardua y poco valorada tarea con la investigación. Él fue un buen ejemplo, pues tomó el testigo de su maestro José Manuel Blecua Teijeiro en el Instituto Goya de Zaragoza y el de Fernando Lázaro Carreter en la Universidad de Salamanca, donde se doctoró a los veinticinco años en Filología Románica, trasladando sus enseñanzas con rigor, dedicación, libertad de pensamiento y amplitud de miras.

Su obra más conocida es el 'Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria' (Barcelona, Ariel, 1989), firmada junto a Angelo Marchese, que él enriqueció con nuevas definiciones e ilustración de textos. En ella se nota el estilo del profesor consciente de que la sencillez y claridad expositivas no están reñidas con la preparación metodológica y la excelencia crítica. Y otro tanto ocurre con la anotación del 'Quijote' (Barcelona, Instituto Cervantes-Ed. Crítica, 1998), en la edición dirigida por Francisco Rico, que, como decía Daniel Eisenberg en la revista de la 'Cervantes Society of America', trataba de ofrecer una nueva y difícil manera de dar a conocer la magna obra cervantina con todos los útiles de la ecdótica y la crítica textual. Nadie mejor que Forradellas podía hacer ese trabajo, porque la anotación exige no sólo amplios conocimientos lingüísticos y literarios, sino un buen sentido de la lengua española, además de discreción a la hora de seleccionar lo fundamental y evitar lo innecesario.

Pero aparte de esas obras, desearía destacar su buen gusto como lector empedernido, patente en la posesión de una estupenda y selecta biblioteca. Bien conocido por libreros y bibliófilos, acudía a convocatorias como la del Centro Cultural Koldo Mitxelena en torno a 'El libro vasco en las bibliotecas públicas'. Ese afán lo extendió a la investigación literaria, pues Forradellas supo estudiar con idéntica finura desde las églogas de Luis Barahona de Soto al 'Decir a las syete virtudes' de Francisco Imperial. Buscador incansable del libro raro y curioso o del texto oculto, descubrió hace años en la revista 'Hojas selectas' la primera novela de Pérez de Ayala, 'El último vástago', que fue no sólo el umbral de su posterior narrativa, sino el espejo que iluminó las actividades políticas en Asturias a principios del pasado siglo.

De capital interés fue su edición de 'La zapatera prodigiosa' (Madrid, Espasa Calpe, 1990) de Federico García Lorca, que, estrenada en Madrid en 1930 y seis años después en Buenos Aires, no se llegó a publicar, al morir su autor trágicamente. Perdido el manuscrito original, las ediciones existentes se basaban en copias llenas de errores. De ahí la importancia del trabajo de Forradellas, basado en un nuevo apógrafo que reflejaba la puesta en escena bajo la dirección del propio Lorca. Con ello se ponía en manos del lector un gran poema dramático en el que la fantasía y la realidad se unían a través de un apólogo del alma humana.

También cabe destacar su edición de 'La casa de Bernarda Alba' (Madrid, Espasa, 1991), la última obra de Lorca, que no llegó a ver representada. Forradellas destacó su valor intemporal, aunque la situara en las coordenadas históricas, estableciendo su relación con el teatro, el cine y la fotografía de su tiempo, sin olvidar la impronta de las vanguardias. En ella, el poeta mostraba el dolor cotidiano con palabras que despertaban la inquietud de los espectadores a través de unas voces que emanaban del pueblo para hacerse paradigma de una tragedia universal.

Pero no desearía olvidarme de un precioso libro suyo publicado en Salamanca en 1986. Me refiero al 'Cartapacio poético del Colegio de Cuenca', que, trasladado con otros muchos códices provenientes de los colegios mayores salmantinos a la Biblioteca del Palacio Real, volvió finalmente a Salamanca gracias a los desvelos de Antonio Tovar. Forradellas describió rigurosamente el manuscrito, trazó su historia y nos ofreció una edición pulcrísima en la que además planteaba la dificultad de acceso a la lectura de poesía durante los siglos XVI y XVII.

Aparte habría que hablar del amigo invariable, del hombre justo y generoso, y del aragonés tenaz, que fue profesor en la Universidad de Salamanca durante cinco años y luego uno en el Instituto de Guernica, pasando, hasta su jubilación, al Instituto de Peñaflorida de San Sebastián, ciudad donde vivió con su esposa María Luisa Herrero, también catedrática de Literatura Española de Enseñanza Media y excelente profesora. Ambos formaron una familia ejemplar, junto a sus hijos Melén, Joaquín, Susana y Teresa.

El homenaje que el Ateneo Guipuzcoano le hizo en 2006 y la despedida de sus amigos y discípulos de San Sebastián en la Catedral del Buen Pastor son un buen ejemplo del afecto y respeto que genera la entrañable figura de un sabio zaragozano que nunca se olvidó de su tierra, y que dedicó toda su vida a leer, estudiar y enseñar la Literatura Española con verdadera vocación.

Sirvan unos versos de Antonio de Soria, sacados del mencionado cartapacio salmantino, como modesta corona de discreción en homenaje a Joaquín Forradellas, al que tanto deben sus lectores y alumnos:

«Nunca me plugo escrevir
lo que en mí no hiço amor,
sino llana, la verdad;
y saberla bien decir
tengo por muy gran primor,
y l'otro, por vanidad».

J. FORRADELLAS

Especialista en Cervantes

JAVIER ORTEGA

Alumno y ayudante de Fernando Lázaro Carreter en la Universidad de Salamanca, se doctoró a los veinticinco años y durante cuatro décadas fue profesor de Literatura, cinco en la Universidad de Salamanca y el resto, hasta su jubilación, en el Instituto Peñaflorida de San Sebastián.

Empezó a publicar a los 22 años y deja más de cien trabajos, entre los que destaca el *Diccionario de Retórica, Crítica y Terminología Literaria* (Ariel, 1989). Además de filólogo y crítico, fue un apasionado bibliógrafo. En su búsqueda de libros ocultos, descubrió en la revista *Hojas selectas* la primera novela de Pérez de Ayala, *El último vástago*. Aunque no le gustaba que se lo llamaran, era un verdadero sabio de las letras. Por eso, Francisco Rico le pidió que codirigiera con él la gran edición del *Quijote* (1998) del Instituto Cervantes. Forradellas se encargó de la anotación especializada, y aseguraba que fue «un trabajo largo y minucioso».

Compartió inquietudes intelectuales y una selecta biblioteca con su esposa, Marisa Herrero, también catedrática de Literatura Española de Enseñanza Media.

Joaquín Forradellas Figueras, filólogo, nació en Zaragoza en 1938 y murió en San Sebastián el 21 de marzo de 2014.

'IN MEMORIA'

Joaquín Forradellas, filólogo sutil y bibliógrafo apasionado

ALBERTO BLECUA

Joaquín Forradellas (Zaragoza, 1938), fallecido el pasado 21 de marzo en San Sebastián, pertenece al linaje, ya casi de otro tiempo, de los grandes catedráticos de Enseñanza Media, como Guillermo Díaz-Plaja, Eugenio Asensio o mi propio padre, José Manuel (con quien, además, compartía pueblo de origen: Alcolea de Cinca, en Huesca), que eligieron la cátedra de instituto para dedicarse más tranquilamente, sin los desasosiegos de la universidad, a la filología y la enseñanza de la literatura. Tras un quinquenio de docencia en Salamanca, durante más de 35 años fue profesor en el Instituto Peñaflorida de San Sebastián, ciudad en la que dejó multitud de alumnos y en la que se integró plenamente, como quedó claro en el homenaje de sus colegas en el Ateneo Guipuzcoano, en 2006.

Alumno y ayudante de Fernando Lázaro Carreter en Salamanca, se doctoró a los veinticinco años (con la tesis *Aproximación al conceptismo de Góngora)* y desde el principio de su carrera se interesó por campos muy diversos. El inicial y primario fue la poesía del Siglo de Oro, ora analizando colecciones particulares (Barahona de Soto, Figueroa, Silvestre, Soria, Gil Polo...), ora editando y documentando obras colectivas, como los inéditos cuadernos de *El cartapacio poético del Colegio de Cuenca* (1986), cuya minuciosa edición da fe de su rigor, pericia ecdótica y dominio de la crítica textual. También se interesó por la prosa del humanismo romance (Guevara), por Larra y el costumbrismo decimonónico, la Generación del 27 (Dámaso Alonso, Jorge Guillén), el teatro de Lorca *(La zapatera prodigiosa, La casa de Bernarda Alba)* y, por supuesto, Cervantes.

A las condiciones de filólogo y crítico, unió las de apasionado bibliógrafo y exquisito bibliófilo. La diversidad de sus saberes, de la que es óptima muestra el imprescindible y enciclopédico *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria* (1986) que firmó con Angelo Marchese, y la claridad con que los exponía, fruto de su experiencia docente, movieron a Francisco Rico a pedirle que codirigiera con él la gran edición del Quijote del Instituto Cervantes, encargándose en especial de la anotación básica. Lo hizo no ya solo con la erudición y la

Codirigió con Rico la gran edición del 'Quijote' del Instituto Cervantes

Era hombre de saberes diversos que exponía con claridad admirable

finura que se esperaban, sino aportando un amplísimo conocimiento de la vida española de todos los tiempos, porque "para entender el Quijote", decía, "hay que ser de pueblo".

Él y Marisa Herrero, su mujer, con la que compartió afanes intelectuales a lo largo de toda su vida, me honraron con su amistad durante más de cincuenta años, en que tuvimos en común el amor por la tierra de nuestros padres y el entusiasmo del bibliómano por los libros antiguos que atesoraban en sus anaqueles los escritores del Siglo de Oro. Descanse en paz.

Alberto Blecua es catedrático emérito de la Universidad Autónoma de Barcelona.

‘IN MEMORIAM‘

Joaquín Forradellas, filólogo sutil y bibliógrafo apasionado

Codirigió con Rico la gran edición del 'Quijote' del Instituto Cervantes

ALBERTO BLECUA 30 MAR 2014

Joaquín Forradellas (Zaragoza, 1938), fallecido el pasado 21 de marzo en San Sebastián, pertenece al linaje, ya casi de otro tiempo, de los grandes catedráticos de Enseñanza Media, como Guillermo Díaz-Plaja, Eugenio Asensio o mi propio padre, José Manuel (con quien, además, compartía pueblo de origen: Alcolea de Cinca, en Huesca), que eligieron la cátedra de instituto para dedicarse más tranquilamente, sin los desasosiegos de la universidad, a la filología y la enseñanza de la literatura. Tras un quinquenio de docencia en Salamanca, durante más de 35 años fue profesor en el Instituto Peñaflorida de San Sebastián, ciudad en la que dejó multitud de alumnos y en la que se integró plenamente, como quedó claro en el homenaje de sus colegas en el Ateneo Guipuzcoano, en 2006.

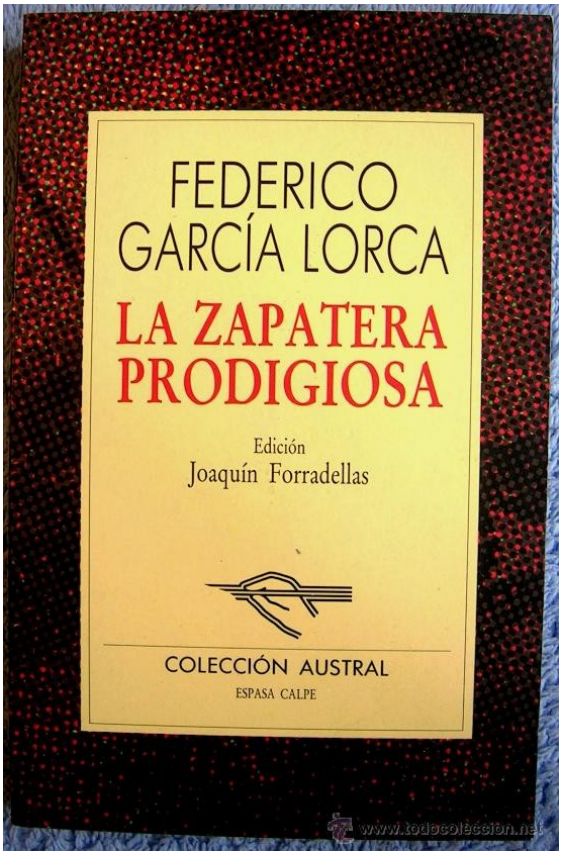
Alumno y ayudante de Fernando Lázaro Carreter en Salamanca, se doctoró a los veinticinco años (con la tesis *Aproximación al conceptismo de Góngora*) y desde el principio de su carrera se interesó por campos muy diversos. El inicial y primario fue la poesía del Siglo de Oro, ora analizando colecciones particulares (Barahona de Soto, Figueroa, Silvestre, Soria, Gil Polo…), ora editando y documentando obras colectivas, como los inéditos cuadernos de *El cartapacio poético del Colegio de Cuenca* (1986), cuya minuciosa edición da fe de su rigor, pericia ecdótica y dominio de la crítica textual. También se interesó por la prosa del humanismo romance (Guevara), por Larra y el costumbrismo decimonónico, la Generación del 27 (Dámaso Alonso, Jorge Guillén), el teatro de Lorca (*La zapatera prodigiosa, La casa de Bernarda Alba*) y, por supuesto, Cervantes.

A las condiciones de filólogo y crítico, unió las de apasionado bibliógrafo y exquisito bibliófilo. La diversidad de sus saberes, de la que es óptima muestra el imprescindible y enciclopédico *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria* (1986) que firmó con Angelo Marchese, y la claridad con que los exponía, fruto de su experiencia docente, movieron a Francisco Rico a pedirle que codirigiera con él la gran edición del Quijote del Instituto Cervantes, encargándose en especial de la anotación básica. Lo hizo no ya solo con la erudición y la finura que se esperaban, sino aportando un amplísimo conocimiento de la vida española de todos los tiempos, porque “para entender el Quijote”, decía, “hay que ser de pueblo”.

Él y Marisa Herrero, su mujer, con la que compartió afanes intelectuales a lo largo de toda su vida, me honraron con su amistad durante más de cincuenta años, en que tuvimos en común el amor por la tierra de nuestros padres y el entusiasmo del bibliómano por los libros antiguos que atesoraban en sus anaqueles los escritores del Siglo de Oro. Descanse en paz.

Alberto Blecua es catedrático emérito de la Universidad Autónoma de Barcelona.

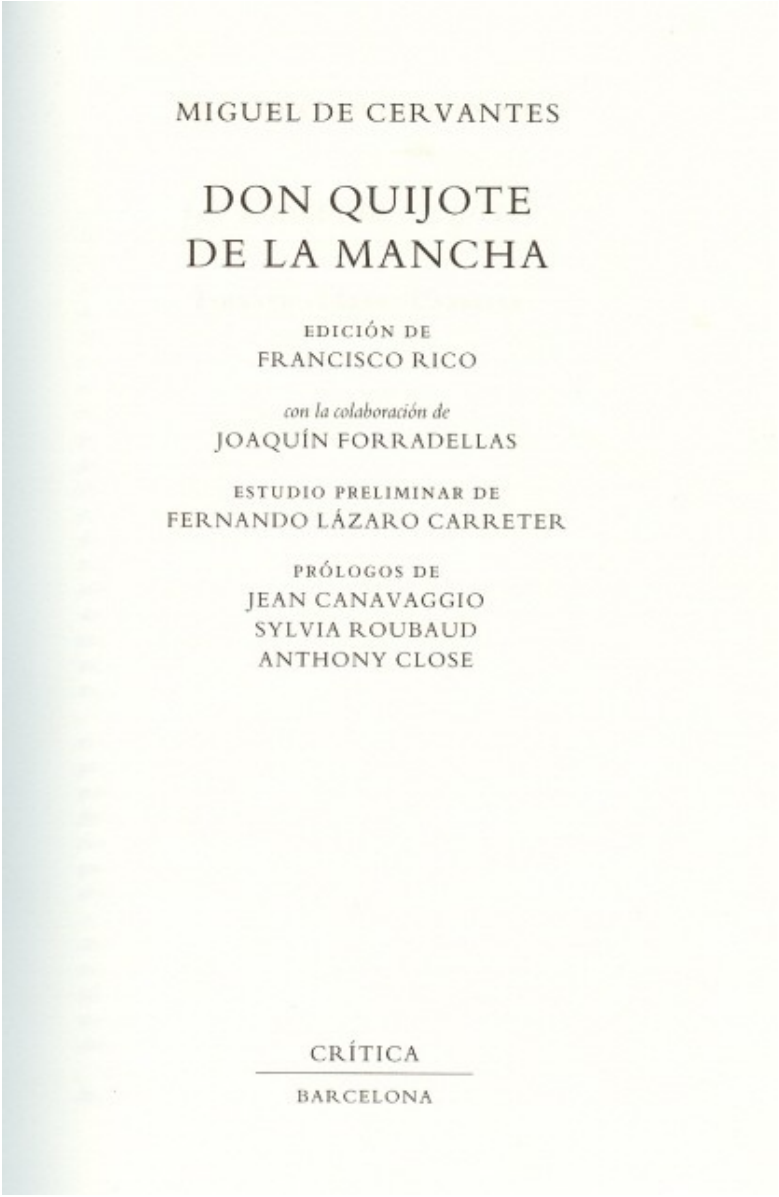
http://cultura.elpais.com/cultura/2014/03/30/actualidad/1396134290_321545.html



Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria

Joaquín Forradellas Figueras / Angelo Marchese

ISBN:
9788434406322
EDITORIAL:
Editorial Ariel
AÑO PUBLICACIÓN: 2013
COLECCIÓN: Ariel Letras



MIGUEL DE CERVANTES

DON QUIJOTE
DE LA MANCHA

EDICIÓN DE
FRANCISCO RICO

con la colaboración de
JOAQUÍN FORRADELLAS

ESTUDIO PRELIMINAR DE
FERNANDO LÁZARO CARRETER

PRÓLOGOS DE
JEAN CANAVAGGIO
SYLVIA ROUBAUD
ANTHONY CLOSE

CRÍTICA
BARCELONA

Don Quijote de La Mancha. Q.43.-

1ª edición, Crítica 2001

Miguel de Cervantes Saavedra.

Fernando Lázaro Carreter, Joaquín Forradellas, Silvia Roubaud, Anthony Close

Editado por Francisco Rico.- 1326 páginas.- 232 x 154 mm.- Tela.- 84-8432-283-1

Lectura del capítulo primero

Por Francisco Rico y Joaquín Forradellas

Don Quijote es un típico hidalgo de pueblo («de *los* de lanza», etc.). En la España de los Austrias, la jerarquía nobiliaria iba de los *grandes de España* y los *títulos* a los ricos *caballeros* y los simples *hidalgos*, cuyos privilegios se reducían a estar exentos de la mayoría de los impuestos y de cargas como alojar y avituallar a las tropas de paso. La nobleza de DQ está confirmada por el respeto con que sus convecinos tratan al «honrado hidalgo del señor Quijana» (I, 5, 73) y, parece, también por sentencia judicial («de posesión y propriedad», I, 21, n. 232, n.72); y tiene el respaldo imprescindible de unas heredades, modestas y cada vez más mermadas («vendió muchas hanegas de tierra», I, 1, 37: «conserva cuatro cepas y dos yugadas», II, 2, 643, «cuatro o cinco pollinos», I, 26, 295, y «tres yeguas», II, 10, 705), que le permiten vivir sin lujos ni demasiadas estrecheces.

En el reinado de Felipe II (1556-1598), el gran momento histórico de la nobleza era ya cosa de antaño. La función militar que en la Edad Media había correspondido a la caballería estaba ahora en manos de los ejércitos profesionales. Los nobles de mayor categoría o con fortuna saneada se aplicaron a copar los mejores puestos de la administración estatal y local, medrar al arrimo de la corte o disfrutar sus rentas, en la ciudad o en el campo, entregados al ocio y la ostentación. Los hidalgos de pocos posibles, y en particular los hidalgos rurales, se abrieron a veces camino enrolándose en los nuevos ejércitos, pasando a las Indias o cursando estudios en la universidad, pero más a menudo se quedaron sin otra ocupación que ingeniárselas para subsistir sin decaer de clase, cosa que ocurría en cuanto practicaban un 'arte mecánica', no conservaban el tenor de vida a que su condición obligaba o los pecheros les negaban las «preeminencias» (II, 49, 1025) y consideraciones tradicionalmente debidas.

En cualquier caso, altos o bajos, todos los nobles sentían la nostalgia de las glorias guerreras y los esplendores caballerescos del otoño de la Edad Media, la edad de oro de sus mayores. En la corte y en las ciudades, una buena parte del tiempo se les iba en entretenimientos que remedaban los modos y costumbres de la caballería medieval: amén de la caza, «imagen de la guerra» por excelencia (II, 34, 915), torneos y pasos de armas, juegos de cañas y sortijas, entradas, saraos... Los libros de caballerías se contaban entre sus lecturas preferidas (I, 49, 563), porque alimentaban esa nostalgia y, con frecuencia, también porque daban pie a esos entretenimientos, dejándose imitar y recrear en «ejercicios militares, o que lo parezcan» (II, 17, 769).

DQ se proponía participar en las «famosas justas» que organizaba regularmente en Zaragoza la más notoria de las maestranzas y hermandades caballerescas, la cofradía de San Jorge (I, 52, 591, y II, 4, 659): allí, o en otras competiciones y festejos similares, podía haber entrado en liza, como muchos lo hicieron, disfrazado tras el nombre y las armas de «Palamedes», «Branforte» o el «Caballero del Fénix». Pero en una región como la Mancha, donde solo una mínima parte de la población era hidalga —al revés que en el norte de la Península—, y en la soledad de su «lugar» no había ocasión para tales escapes imaginativos.

Comprendemos que se diera tan apasionadamente a los libros de caballerías. Un humilde hidalgo como él no tenía más horizonte que el mantenimiento de su rango y, por ahí, la pervivencia del pasado. Los relatos caballerescos le ofrecían la visión quimérica, idealizada hasta el desatino, de un mundo en que un pequeño noble podía realizar las más estupendas hazañas y alcanzar las cimas más altas, conformando siempre la realidad de acuerdo con las virtudes y valores, de indudable atractivo (la justicia, el heroísmo, el amor, la belleza...), que teóricamente habían dado a los antepasados de DQ el *status* que ahora tan penosamente le tocaba a él preservar.

No puede sorprendernos que el ensueño se impusiera a la evidencia, y de leer libros de caballerías pasara a proyectar escribirlos y al cabo a vivirlos. Más de uno los había leído como crónicas veraces (las fronteras de la ficción, sobre todo en prosa, distaban aún de estar claras), a más de uno lo habían estimulado a la acción, y no faltaban algunos a quienes habían llevado al desvarío (I, 1, 40, n. 41). Al «honrado ... Quijana» lo

hicieron enloquecer, porque su temperamento lo favorecía (I, 1, 36, n. 15). Pero también había razones para la sinrazón de dar por históricas las fantasías caballerescas y creer posible resucitarlas a la altura del 1600: a la ínfima nobleza en descomposición, la caballería andante de DQ le devolvía la libertad y la esperanza, haciéndola otra vez dueña de sí misma y otorgándole un papel de relieve en la sociedad; ascendía inmediatamente de grado al mismo protagonista, quien de *hidalgo* se convertía en *caballero* y ganaba el *don* que no tenía; y, en definitiva, recuperaba el pasado como presente y lo proponía como futuro.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

El trabajo fundamental sobre la nobleza en la Edad Moderna es Domínguez Ortiz [1963]; buenos datos complementarios en Salomon [1964; 1965], Vassberg [1984], López-Salazar Pérez [1986] y Gorges [1989]; sobre la imagen de la sociedad en el *Q.*, Arco y Garay [1951a], A. Sánchez [1989d] y en especial Salazar Rincón [1986]. Del tipo del hidalgo en la literatura se trata también en RM X:90-101, Redondo [1979], Rico [1987a:101*-111*], García Ruiz [1993]. Lecturas en la línea de la nuestra ofrecen V. Lloréns [1974:47-66], Maravall [1976], N. Marín [1981b], y en cierto sentido P. Vilar [1956]; en contra, Spitzer [1948/55:222-223]. La nostalgia medievalizante de la nobleza y su relación con los libros de caballerías y las diversiones cortesanas se examinan en Chevalier [1976:65-103] y Rico [1990b:221-226]; sobre las hermandades caballerescas y las justas al modo de las novelas, Duran i Sanpere [1964], López Estrada [1982], Egido [1988c], Marín Pina [1995]. La falta de fronteras entre realidad y ficción y la ambigüedad terminológipa que permitía llamar *historia* tanto a una crónica como a una novela se estudian en Riley [1962; 1986], Wardropper [1965], Ife [1985/921, Rico [1988:153-180], RQ LVIII-LIX. ¶ *Otras referencias:* BQ, 1-04. ¶ Real de la Riva [1950], Cruz-Coronado [1968], Avalle-Arce [1975], Solá-Solé [1987], Martínez-Bonati [1993], Flores [1993].

http://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte1/cap01/nota_cap_01.htm